

Pero mi tío no se movió de su sitio, ruborizado hasta las lágrimas y sin ánimo para aventurar ni una palabra.

—¡Dios mío!—exclamó al fin.—¿Quién lo habría pensado? Pero eso... puede ocurrir á todo el mundo. Foma, te aseguro que es un hombre honrado y muy estudioso... ya lo verás.

—¡Ya lo veo! ¡ya lo veo!—repetía Foma, sin dejar de reír:—¡muy estudioso! ¡muy estudioso!

—¡Y si le oyeses hablar de los caminos de hierro!—dijo á media voz el perdido Ejevikine.

—¡Fomal...—gritó mi tío.

Pero una risa general apagó las palabras de Yegor Ilich.

Foma se retorció de risa... Mi tío acabó como los demás.

—¿Y qué importa?—repuso.—¡Tú eres generoso, Foma; tienes un alma grande; has logrado hacer mi felicidad; perdonarás también a Korovkine!

La única que no se reía era Nastenka. Cubrió á su prometido con una mirada llena de amor, que decía claramente:

—¡Qué bueno eres! ¡Qué hermoso y qué noble corazón posees! ¡Cuánto, cuánto te amo!



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIV. DE TOLUCA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1825 MONTERREY, N.L.

## CAPITULO VI

### CONCLUSIÓN

**E**L triunfo de Foma fué tan completo como definitivo; porque nada de lo ya arreglado se habría arreglado sin su presencia, y el suceso realizado pudo más que todas las reservas y que todas las objeciones.

Mi tío y Nastenka le dedicaron una gratitud sin límites y aunque yo procuraba explicarles los motivos reales de su consentimiento, ellos no me escuchaban. Sachenka, exclamaba:

«¡Oh, el buenísimo Foma Fomitch! Voy á darle un almohadón.»

Y creo que hasta el recién convertido Stefano Alexievitch me habría ahogado si me atrevo á pronunciar una palabra irrespetuosa para Foma. Estaba constantemente junto á él; le contemplaba

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

con devoción y respondía á cada palabra que pronunciara el maestro:

—Eres el mejor de los hombres, Foma; eres un sabio, Foma!

Por lo que respecta á Ejevikine, el hombrecillo se hallaba transportado al séptimo cielo. Hacía ya tiempo que el viejo notara que Nastenka había trastornado á Yegor Ilitch y ni un día ni una noche había dejado de soñar en aquel matrimonio.

Había procurado alargar el asunto lo más posible, y sólo renunció á sus propósitos cuando notó que fracasaban. Foma lo reparó todo. Por grande que fuese su entusiasmo, el viejo conocía á fondo á Foma y veía claramente que había conseguido arraigar para siempre en aquella casa, en la cual su tiranía ya no tendría fin.

Todo el mundo sabe que las personas más caprichosas y desagradables acaban siempre por apaciguarse, aunque sólo sea por algún tiempo, así que se satisfacen sus deseos. Por el contrario, Foma Fomitch, se transformó todavía en un hombre más arrogante. Antes de la comida y una vez que había cambiado de ropa se sentó en su sillón, llamó á mi tío y, ante toda la familia, le instaló un sermón nuevo:

—Coronel; va usted á contraer matrimonio. Piense usted en el deber...

Y siguió de ese modo. Imagináos un discurso que ocupase diez páginas del *Journal des Débats*; pero diez páginas compuestas en los más pequeños tipos y llenas de las más absurdas tonterías. Sin una palabra sobre los deberes de que iba á tratar; pero desbordante de alabanzas desvengonzadas á la bondad, á la magnanimidad, al valor y al desinterés de un tal Foma Fomitch. Todos sentían necesidad de comer; pero nadie se atrevía á interrumpir y el orador llegó al final de sus estupideces. Ni el mismo Bakhtcheief, á pesar de su formidable apetito, dejó de prestarle atento y deferente oído.

Encantado de su propia facundia, Foma Fomitch, dió libre curso á su alegría y hasta se embriagó en la mesa, en la que llevó á cabo los brindis más estuendos.

Gastó bromas á los novios y algunas de tales bromas alcanzaron los más terribles puntos de obscenidad, al extremo de ruborizarse con ellas el mismo señor Bakhtcheief.

Nastenka, al fin, se levantó de la mesa y desapareció, cosa que transportó de nuevo á Foma Fomitch.

Pronto se recobró é hizo en términos breves un elogio de la ausente y brindó por ella. Á mi tío le llenaron de alegría sus palabras.

Los novios parecían algo cortados y noté que, desde el instante de la bendición no se cambiaron una sola palabra y que evitaban el mirarse.

En el momento de levantarse de la mesa, mi tío había desaparecido.

Al ir á buscarle pasé por la terraza, en la que sentado ante una taza de café Foma peroraba, fuertemente estimulado por la bebida. A su lado sólo estaban Ejevikine, Bakhtcheief y Mizintchikov. Me detuve para escuchar.

—¿Por qué—gritaba Foma—por qué estoy siempre á punto de ir á la hoguera á consecuencia de mis ideas? Y ¿por qué ninguno de vosotros es capaz de otro tanto? ¿Por qué? ¿Por qué?

—Pero sería inútil ir á la hoguera, Foma Fomitch—dijo bromeando Ejevikine.—¿Qué utilidad podía reportar eso? En primer término, es doloroso; luego, le quemarían á uno. ¿Qué dejaríamos?

—¿Qué dejaríamos? Cenizas sagradas. Pero ¿cómo vas á comprenderme? ¿Cómo vas á comprenderme? ¿Cómo puedes apreciarme? Para vosotros no hay grandes hombres, si se exceptúa á algún César ó á un Alejandro de Macedonia. ¿Y qué han hecho los tales Césares? ¿A quién han hecho feliz? ¿Qué hizo el famoso Alejandro de Macedonia? ¿Ha conquistado toda la tierra? Bien; déme usted á mí un ejército como el suyo y

haré lo mismo que él. Pero, ha asesinado al virtuoso Clito, mientras que yo no le he asesinado. Era un canalla. Se hizo más acreedor al palo que á la gloria que la historia le ha procurado... Lo mismo diré de César.

—Dejé usted por lo menos á César, Foma Fomitch.

—¡Cá! ¡No dejaré libre á ese imbécil! —exclamó Foma.

—Tienes razón, no lo dejes—apoyó Stefano Alexievitch, fanatizado por las libaciones abundantes.—No hay que dejarlos escapar. Todos ellos no son más que unos ágiles saltadores. ¡Uno quería fundar una bolsa! ¿Qué significa eso? El diablo que lo sepa. Seguramente alguna porquería. El otro se mete en una reunión de personas distinguidas, haciendo eses y reclamando ron. Yo digo: ¿por qué no beber? El toque está en saber detenerse á tiempo. ¿Para qué vamos á dejarles? ¡Todos son unos canallas! Solo tú, Foma, eres un sabio.

Cuando Bakhtcheief se entregaba á alguien, se le entregaba por completo, sin restricciones, sin reservas.

Encontré, por fin, á mi tío, en el fondo del parque, junto al estanque, en el sitio más aislado. Estaba con Nastenka. Al verme, ella huyó como si fuera una culpable.

Radiante de felicidad, mi tío me sa-

lió al encuentro; en sus ojos brillaban aún lágrimas de ventura. Me tomó las dos manos y las estrechó con fuerza.

—¡No puedo aún darme cuenta de lo feliz que soy! Nastia y yo hemos quedado asombrados y damos gracias al Todopoderoso. Ahora mismo llorábamos juntos. ¿Me creerás, si te digo que no acierto á volver en mí? Estoy confuso; lo creo y no lo creo. ¿Por qué llega á mí una felicidad como esta? ¿Qué he hecho yo para ser digno de ella?

—Si alguien la ha merecido, ese es usted. No hay un hombre que le aventaje en honradez, en nobleza y en bondad.

—No, Serioja; es demasiado—dijo, como con pesar.—La desgracia es precisamente que no somos buenos (es decir, estoy hablando de mí), más que cuando somos felices. De eso hablaba yo hace un momento con Nastia. Así todas las virtudes de Foma eran inútiles á mis ojos, hasta hoy; yo tenía una débil confianza en su perfección, á pesar de mi afán por persuadirme de ello. Ayer mismo yo no creía en él cuando rechazaba aquella cantidad. Lo digo con vergüenza, y mi corazón palpita aún al solo recuerdo de lo que ha sucedido. ¡Pero no acerté á contenerme!

—A mí me parece que fué muy natural su proceder.

¡Con qué gesto, mi tío, me ordenó que callase!

—No, no, querido, no digas eso. Todo ello solo es un resultado de mi naturaleza viciosa, de que soy un egoísta refinado y que abandono la brida á mis pasiones. El mismo Foma lo reconoce. (¡Qué iba yo á contestar á eso!) No puedes imaginarte, Serioja, cuántas veces he sido gruñón, desconsiderado, orgulloso, injusto y no solamente con Foma. Todo esto ha acudido ahora á mi memoria y me avergüenza el no haber hecho hasta aquí nada que me dé derecho á la felicidad de que gozo. Nastia decía lo mismo; pero en realidad yo no comprendo qué pecados ha podido cometer, porque es un ángel. Acaba de decirme que estamos en deuda con Dios y que es necesario que procuremos hacernos mejores. ¡Si hubieses oído con qué calor y en qué términos expresaba todo eso!

Se detuvo un instante, bajo el peso de la emoción.

—Hemos decidido atender cuidadosamente á Foma, á mi madre y á Tatiana. ¡Qué buena es también! He sido malo con todos; hasta contigo mismo. ¡Desdichado del que se atreviese á hacer el menor daño á Tatiana!... Entonces... También es preciso tener en cuenta á Mizintchikov.

—Tío, yo también he cambiado de

parecer respecto de Tatiana Ivanovna. Es imposible no estimarla y no compadecerla.

—Precisamente... No puede dejarse de estimarla... Otro ejemplo de este caso es Korovkiné. ¿Te burlas de él?—y me miró con timidez.—Todos se ríen y yo reconozco que no era la más propia su actitud. Acaso sea uno de los hombres más buenos que existen... pero la suerte... las desventuras... Acaso no me creas; pero es así.

—¿Por qué no había de creerle?

Y proclamé apasionadamente que los sentimientos más nobles pueden conservarse en todos los seres caídos, y que la profundidad de nuestra alma es insondable y que no tenemos derecho á despreciar á los que han venido á menos. Al contrario, es preciso intentar levantarlos; la medida admitida del bien y de la moral no es justa, etc., etc. En una palabra, me inflamé hasta llegar á hablar de la escuela realista, y terminé declamando aquella poesía célebre:

Quando de las tinieblas del pecado...

Mi tío estaba entusiasmado.

—Veo que me comprendes—exclamó con emoción.—Has dicho lo que yo diría, pero mucho mejor. ¡Sí! ¡Sí! ¡Dios mío! ¿Por qué es tan imperfecta la humanidad? ¿Por qué yo mismo soy tan malo

cuando nada hay comparable en belleza á la bondad? Nastia lo decía también... ¡Pero mira que rincón tan hermoso!—añadió mirando en torno.—¡Qué naturaleza! El tronco de este árbol apenas si podría ser abarcado por los brazos de un hombre, ¡Qué vigor! ¡Qué lozanía! ¡Todo está riente y espléndido después de la tormenta! ¡Cuando yo pienso en que acaso los árboles tengan una conciencia, y sientan y gocen de la vida... ¿No lo crees tú? ¿Qué te parece?

—Acaso sea así, pero sentirían á su modo.

—¡Seguramente!... ¡Oh, que admirable la obra de Dios! ¿No te admiras ante este jardín, Serioja, en el que corrías y jugabas cuando pequeño? Me acuerdo de cuando eras pequeño... (Me miró con cariño y con felicidad). Sólo te quitábamos el acercarte mucho al estanque. ¿Te has olvidado de que tu pobre tía te llamó una tarde y te colmó de caricias? Durante todo el día habías estado corriendo y te pusiste todo encendido entre tu pelo rubio.. Jugaba con tus bucles y me dijo: «Hemos hecho bien en sacarle con nosotros». ¿Te acuerdas?

—Apenas, tío.

—Era al anochecer; el sol os envolvía aun á los dos y yo desde mi rincón os miraba. Todos los meses visito su tumba (su voz se hizo más apagada y tré-

mula por los sollozos contenidos). Le he hablado á Nastia de ello y me contestó que ahora iríamos juntos.

Mi tío se calló, combatiendo su emoción. Entonces se nos acercó Vidopliassov.

—¡Vidopliassov!—exclamó mi tío con animación.—¿Vienes de parte de Foma Fomitch?

—No; vengo más bien por mi cuenta.

—¿Qué noticias traes de Korovkine? ¿De qué se trata ahora?

—Quería hablarle de mi cambio de nombre. Me ha prometido usted la alta protección contra los mismos que me persiguen incesantemente.

—¡Otra vez el nombre!—dijo mi tío horrorizado.

—¿Qué remedio? Es para librarme de los insultos.

—¡Ahl ¡Vidopliassov! Veamos; ¿qué molestias tienes que soportar? Te vas á volver loco y acabarás tus días en un manicomio.

—Sin embargo, creo que mi inteligencia...—comenzó Vidopliassov.

—Bien, bien. Te lo digo porque te conviene y no para que te disgustes. Cuéntame tus cuitas, que seguramente serán una bagatela.

—La vida se me ha hecho imposible.

—¿Quién tiene la culpa?

—Todo el mundo; pero especialmente

Matriona que se ha convertido en la tortura de mi existencia. Todas las personas notables que me han visto desde niño me dijeron siempre que parecía un extranjero, sobre todo por las facciones de mi cara. Y ahora ya no puedo ir á ninguna parte sin oír palabrotas. Por eso vengo aquí; y al venir tambien me insultaron. ¡Ya no puedo más! Protéjame, señor, con su intercesión.

—¿Qué te dicen? Alguna tontería de la que sería mejor no hacer caso.

—No sería discreto que se lo dijera.

—Pero, ¿qué es ello?

—Me avergüenzo de pronunciarlo ante usted.

—Dilo, sin embargo.

—Esto: Grichka el holandés, se ha comido una naranja.

—¡Qué pobre hombre eres! ¡No sé qué me figuraba! No hagas caso y sigue tu camino.

—Eso he querido hacer, pero cada vez era mayor el griterío.

—Oiga usted, tío: si se queja de que no le dejan en paz en esta casa, mándele usted á Moscou por algún tiempo, con el calígrafo á quien ha servido.

—¡Ay! También aquel ha acabado trágicamente!

—¿Cómo?

—Tuvo la desdicha de apropiarse lo que no le pertenecía. Por eso le pren-

dieron, á pesar de todo su talento, y está irremediablemente perdido.

Luego, dirigiéndose al criado:

—¡Está bien, está bien, Vidopliassov; tranquilízate; yo lo arreglaré todo... Veamos qué hace Korovkine. ¿Duerme?

—No; se ha marchado; venía á decirselo.

—¿Cómo? ¿Se ha marchado? ¿Y por qué le dejaste irse?

—Por mi buen corazón. Daba lástima verle. Cuando despertó se acordó de todo lo que había pasado; destrozó la cacerola á puñetazos, y empezó á aullar.

—¿A aullar?

—Para expresarme con más respeto, diré que se puso á lanzar los más desolados gemidos: «¿Cómo voy yo á presentarme ahora ante las señoras aquellas?» Luego añadió: «Soy una vergüenza de la humanidad.» ¡Y lo decía todo con una tristeza tan grande y con palabras tan escogidas!

—Ya te decía yo que era un hombre distinguido, Sergio... Pero ¿por qué le has dejado que se fuera, ya que te lo había confiado? ¡Dios mío!

—Por compasión. Me rogó que no dijese nada. Su cochero había dado un pienso á los caballos y los enganchó en seguida. Me ha dicho que le diese las gracias respetuosamente por el dinero que le ha prestado usted el otro día, y que

se lo mandará por uno de los correos próximos.

—¿Qué dinero?

—Hablaba de unos veinticinco rublos —dijo Vidopliassov.

—Sí, una suma que le presté hace días en la estación; había salido de casa sin dinero. Naturalmente, me lo mandará por el primer correo. ¡Dios mío! ¡Cuánto siento que se haya marchado! ¿Qué te parece, Serioja, si hiciera que fueran aún á buscarle?

—No; déjele usted, tío.

—Sí; soy de tu opinión. Ya ves, Serioja; yo no soy un filósofo; pero creo que todos los hombres son menos de lo que parecen. Así ocurre con Korovkine: no ha podido soportar su vergüenza... Pero vamos al lado de Foma. Hace rato que estamos aquí; podría sentirse desairado por nuestra ingratitud, por nuestra falta de atención... ¡Vamos! ¡Ah, Korovkine! ¡Korovkine!

He terminado mi narración. Los enamorados están juntos y el genio de la Bondad se estableció definitivamente en la casa, bajo las apariencias de Foma Fomitch. Podríamos ahora entregarnos á numerosos comentarios, pero ya son superfluos. Tal es, por lo menos mi manera de pensar.

Supliré los comentarios con algunas palabras relativas á la suerte de mis héroes, porque es sabido que no se acababan de otro modo las novelas; está formalmente prohibido por la tradición.

Se casaron los novios unas seis semanas después de los acontecimientos que he relatado.

La ceremonia se celebró en familia, sin ruido, sin aparato, sin muchos invitados.

Se había convidado á algunas personas; pero el protagonista de la ceremonia fué, naturalmente, Foma Fomitch. Ocurrió que al echar el champagne le olvidaron una vez.

La cosa adoptó caracteres de gravedad, y hubo reproches, llanto, gritos. Foma se refugió en su cuarto y se encerró en él; y desde allí clamaba diciendo que le despreciaban, que se habían introducido en la familia «elementos nuevos», y que él ya no era más que una sobra inútil.

Mi tío estaba desolado. Nastenka lloraba; la generala, según su costumbre en casos como aquél, sufrió una crisis de nervios... Aquello, más que una fiesta parecía un entierro.

Esta existencia se prolongó para mi tío y la pobre Nastia durante siete años de vida en común con Foma Fomitch. El año último, hasta el día de su muerte

siguió haciendo de las suyas, sin fatigar nunca la admiración de «aquellos cuya felicidad había realizado.» Al contrario iba en aumento de día en día y proporcionalmente á la extravagancia de sus caprichos.

Yegor Ilitch y Nastenka se sentían tan llenos de ventura, que temblaban por una dicha en la que Dios se había manifestado demasiado pródigo. No podían reconocerse dignos de tales beneficios y estaban persuadidos de que tendrían que pagarlos más tarde con sufrimientos.

En esta dulce morada, de Foma dependía el bueno y el mal tiempo. ¿Y qué cosas no hizo durante aquellos siete años? No podría imaginarse á qué fantasías extremadas le condujo á veces su alma ociosa, y los caprichos refinados y las golosinas morales que acertó á inventar.

Tres años después de la boda de mi tío, mi abuela murió, y Foma, al sufrir aquella especie de orfandad, se entregó á la desesperación más violenta. Después del tiempo transcurrido, aún se habla en casa de mi tío de su estado en aquel momento, con verdadero espanto.

Estaba á medio llenar la tumba, cuando él se precipitó en ella, exigiendo que le enterrasen también. y durante



un mes se le privó del uso de tenedor y cuchillo.

Una vez hubo que realizar tremendos esfuerzos para sacarle un alfiler de la boca.

Uno de los espectadores de aquella escena dramática, no pudo menos de hacer notar que Foma había podido tragarse el alfiler, si hubiera querido: pero no se lo tragó. Esta apreciación fué rechazada por todos los presentes, indignados, y el observador fué acusado de malevolencia y de falta de sensibilidad.

Nastenka fué la única persona que guardó silencio, y mi tío, inquieto, sorprendió en su rostro una imperceptible sonrisa.

Hay que notar, sin embargo, que, a pesar de los inverosímiles caprichos á que Foma se entregó en la casa de Yegor Ilitch, no volvió á permitirse los sermones despóticos ni la arrogancia de antaño.

Se quejaba, lloraba, se lamentaba; pero no se dejaba ir á creaciones del género de la de «Su Excelencia.» y creo que todo este cambio obedecía á la influencia de Nastenka. Insensiblemente, ella había obligado á Foma á dominarse ante ciertas necesidades. Como no quería asistir á la humillación de su marido, llegó á lograr que se respetase su voluntad.

Foma advertía claramente que ella casi lo había adivinado. Digo, casi, porque Nastenka no dejó de elogiar y de hacer coro con su marido cada vez que se cantaban las alabanzas del grande hombre. Quería que todos respetasen á mi tío en todo, y por esa razón aprobaba en voz alta su adhesión á Foma Fomitch.

Pero estoy seguro de que el corazón de oro de Nastenka había sabido olvidar los ultrajes y que perdonó á Foma, porque la había unido á Yegor Ilitch.

Además, supongo que había aceptado fácilmente la opinión de mi tío, de que no podía exigirse demasiado á un mártir, á un ex-bufón, cuya susceptibilidad merecía algunas consideraciones. La pobre Nastenka había pertenecido á la categoría de las «humilladas»: no podía olvidarlo.

Al cabo de un mes, Foma se había tranquilizado. Hasta se había hecho más dulce y bondadoso; pero, en revancha, se manifestaron en él otros accidentes; cayó repentinamente en una especie de catalepsia que asustó hasta la locura á cuantos presenciaron el ataque.

En lo mejor de una conversación, cuando el mártir hablaba copiosamente ó se reía, permanecía de pronto como petrificado en la postura en que se hallaba en el instante del acceso.

Supongamos que se hubiese reído; conservaba la sonrisa en los labios.

¿Tenía un tenedor en la mano? El tenedor permanecía levantado en la mano todo el tiempo.

Por fin la mano iba bajando lentamente; pero Foma Fomitch no se acordaba de nada, no había sentido nada. Se quedaba sentado en la silla, abriendo y cerrando los ojos, pero sin entender nada, ni comprender nada, ni hablar nada.

A veces estos ataques le duraban una hora entera.

Todas las señoras de la casa andaban de puntillas, suspiraban, lloraban. Al cabo Foma, volvía en sí, acusando una gran fatiga y afirmando que ignoraba lo ocurrido.

¿Habrá que pretender que el afán de exhibición de este hombre pudiese llevarle á soportar horas enteras de voluntario martirio, con el único fin de poder decir luego: «Ya ven ustedes si son ó no más nobles mis sentimientos que los suyos»?

Un día, Foma, después de maldecir á mi tío por las «ofensas que le hacía y por sus faltas de respeto», se fué á casa del señor Bakhtcheief, quien después de la boda había reñido varias veces con Foma, pero sin dejar una sola de pedirle perdón.

Recibió, en esta ocasión, á Foma con un entusiasmo extraordinario, le colmó de obsequios, y se comprometió no solo á protestar contra la actitud de mi tío, sino á presentar una querrela contra él por razón de una parcela de terreno que había entre las propiedades de ambos y cuya pertenencia era discutible para los dos. Mi tío había dejado la solución del asunto á la merced de Stefano Alexievitch, sin la menor protesta.

El señor Bakhtcheief hizo enganchar el coche, se dirigió á la ciudad y formuló una demanda atribuyéndose la propiedad de aquel pedazo de tierra, exigiendo á mi tío una indemnización y el pago de gastos y perjuicios por su acaparamiento arbitrario.

Pero al día siguiente, aburrido Foma de estar en casa del señor Bakhtcheief, regresó á Stepantchikovo acompañado de mi tío que había ido á pedirle perdón y á rogarle que le castigara.

Cuando, al volver de la ciudad, Stefano Alexievitch se encontró con la falta de Foma, se encolerizó; pero tres días después, en Stepantchikovo, lloró su culpa y pidió perdón á mi tío. Mi tío, á su vez, le reconcilió con Foma Fomitch y de nuevo, Stefano Alexievitch siguió á Foma con la fidelidad de un perro, contestándole á cada una de sus palabras: —¡Eres un sabio, Foma!

Foma Fomitch duerme ahora en su tumba junto á la de la generala, bajo un mausoleo de mármol blanco en el que pueden leerse innumerables frases de dolor y fórmulas de alabanza. Con frecuencia, al regresar del paseo, Nastenka y Yegor Ilitch penetran piadosamente en la iglesia para rezar sobre los restos del grande hombre.

No pueden hablar de él sin una dulce melancolía; recuerdan cada una de sus palabras, sus gustos, sus afectos. Sus trajes se conservan en calidad de reliquias.

Mi tío y su mujer se quieren cada día más. Dios no les ha enviado ningún hijo y aunque eso les haga sufrir nunca hablan de ello. Sachenka se ha casado; Ilucha está en Moscou siguiendo sus estudios. Nastenka y Yegor Ilitch viven solos.

Se adoran. La preocupación de cada uno de los dos, es el otro. Nastia no deja de pensar en su marido.

A tal extremo se quieren, que es de suponer que si alguno de ellos muriese, el abandonado no podría sobrevivirle una semana. Pero ¡Dios les conceda larga vida!

Acogen á los que les visitan con gran amabilidad y están siempre dispuestos á repartir lo que poseen entre los desgra-

ciados. A Nastenka le gusta leer la *Vida de los Santos* y afirma que las obras de caridad corrientes no bastan, y que sería preciso darlo todo á los indigentes y vivir feliz en la pobreza. Si no pensara en Ilucha y Sachenka hace tiempo que mi tío le habría escuchado, porque siempre opina lo mismo que su mujer.

Prascovia Ilinitchina vive con ellos y es su alegría y su contento. Ella es la encargada de atender la casa. Poco después del matrimonio de mi tío, le ofreció la mano el señor Bakhtcheief; pero ella la rechazó francamente. Se había deducido de eso que se proponía encerrarse en un convento; pero no se realizó la sospecha. Prascovia posee un rasgo singular de carácter.

Desaparece ante aquellos á quienes ama; se los come con los ojos; se somete á sus menores caprichos; les sigue paso á paso y es feliz siéndoles útil.

Desde la muerte de su madre consideró que su deber era estar junto á su hermano y contribuir á la alegría de Nastenka.

El viejo Ejevikine vive aún; cada vez visita con más frecuencia á su hija; pero al principio desolaba á mi tío con el empeño que tenía en alejarse de Stepantchikovo, con toda su familia. No conseguía nada mi tío con sus reiteradas invitaciones: es un hombre tan digno

como susceptible y hay en su susceptibilidad algo de enfermizo.

Sólo de pensar que, siendo pobre, sería recibido en una casa rica por generosidad y que podría considerársele como importuno, se enloquecía.

Rechazó muchas veces el auxilio de Nastenka y no aceptó nunca más que lo indispensable. No quería tomar nada de mi tío. Nastenka estaba equivocada al decirme en el jardín que era por ella por quien su padre representaba el papel de bufón.

Ciertamente que deseaba casar á su hija; pero si ejercía de bufón era más bien por una necesidad interior de buscar salida á las iras acumuladas que le ahogaban. La necesidad de burlarse y de dar curso á la maledicencia constituía una parte de su naturaleza. Se presentaba como el más vil adulator, sin dejar de dar á entender que adulaba á las gentes por divertirse; y cuanto más baja era su adulación, más mordaz era su burla.

Mi tío colocó á los hijos de Ejevikine en los mejores establecimientos de Moscou y San Petersburgo; pero el viejo no quedó satisfecho mientras Nastenka no le demostró que todo ello era á costa del dinero de Nastenka, es decir, de los treinta mil rublos que le regaló Tatiana Ivanova.

En realidad no se había aceptado tal dinero, pero se había asegurado á Tatiana Ivanovna, para consolarle, que se recurriría á ella á la primera necesidad de dinero; y para convencerla mejor, se le habían pedido dos veces prestadas cantidades.

Pero Tatiana murió hace tres años y Nastia recibió sus treinta mil rublos. La pobre muchacha murió repentinamente.

Toda su familia se disponía á ir á un baile que daban en su casa los vecinos y Tatiana no había tenido aun tiempo de ponerse su vestido de baile y de colocar sobre el pelo una magnífica corona de rosas blancas, cuando se sintió enferma. Se dejó caer sobre una butaca y poco después expiró.

La enterraron con su corona de baile. Nastia experimentó un gran pesar, porque estaba acostumbrada á mimar y cuidar á Tatiana como á un niño. Tatiana asombró á todo el mundo por la discreción de su testamento. Aparte de los treinta mil rublos que dejaba á Nastia, los demás, un total de trescientos mil rublos, debían consagrarse á la educación de niñas huérfanas y á colocarlas á la salida de los establecimientos escolares.

El mismo año de la muerte de Tatiana se casó la señorita Perepelitzina, que

había permanecido en casa de mi tío después de morir la generala, con la esperanza de lograr la amistad de Tatiana Ivanovna.

Por aquel entonces había quedado viudo un empleado de los alrededores. Era el dueño de Michino, la aldea donde se había refugiado Obnoskine con Tatiana Ivanovna.

Hombre trapacero, el empleado en cuestión, que tenía seis hijos de su primer matrimonio, sospechó que la Perepelitzina poseía algún dinero y presentó su petición que fué desde luego aceptada.

Pero ella era más pobre que una rata. No poseía en conjunto más que los trescientos rublos que Nastenka le dió como regalo de boda.

Actualmente marido y mujer se apelean de la mañana á la noche. Ella se pasa el día tirándoles de los pelos á los chicos, y en repartirles puñetazos, y en pasarle por los hocicos á su marido á cada instante, que es hija nada menos que de un teniente coronel.

También Mizintchikov se ha instalado. Después de abandonar discretamente sus pretensiones cerca de Tatiana Ivanovna, se dedicó á estudiar agricultura. Mi tío le recomendó á un conde, rico propietario que poseía unas tres mil almas á cosa de ochenta verstas de Ste-

pantchikovo y que venía á visitar sus bienes.

Encantado de la capacidad de Mizintchikov y tomando en consideración el empeño de mi tío, el conde le dió al ex-húsar la gerencia de sus tierras, después de haber despedido previamente al intendente general que le robaba cuanto podía, á despecho de la famosa honradez alemana.

Cinco años más tarde la propiedad del conde estaba desconocida; los aldeanos eran ricos; las ventas se habían duplicado; en una palabra, el nuevo administrador se había distinguido y había logrado el respeto de todos los colonos por su talento.

Considérese cuál no sería la sorpresa y el pesar del conde cuando, al cabo de los cinco años y á pesar de todos los ruegos y de los ofrecimientos de aumentos de sueldo, Mizintchikov presentó la dimisión.

El conde pensó que había sido conquistado por algún otro propietario vecino.

Pero el asombro de todos fué grande al ver que, dos meses después de su retiro, Ivan Ivanovitch se transformaba en comprador de una magnífica propiedad de cien almas, situada á cuarenta verstas del dominio del conde y cuyo dueño anterior era un compañero de regimiento de Ivan Ivanovitch, que

había sufrido considerables descalabros de fortuna. Un año más tarde unía á aquellas cien almas otras sesenta de una propiedad próxima.

Todo el mundo se preguntaba con asombro de donde había sacado el dinero. Algunos movían maliciosamente la cabeza. Pero Ivan Ivanovitch está muy tranquilo y su conciencia no le dirige reproche alguno.

Llamó á Moscou á aquella hermana suya que le había dado los últimos tres rublos para que se comprase calzado al venir á Stepanchikovo. Era una mujer encantadora, no muy joven ya, y amable, instruída, un tanto tímida. Vivía en Moscou, como señorita de compañía. Está sometida por completo á su hermano, cuya voluntad respeta como si fuese la misma ley; cuida de su casa y es feliz.

Mizintchikov no la agasaja y hasta la abandona bastante; pero ella ni siquiera se dá cuenta de tal cosa.

En Stepanchikovo la quieren mucho y hasta se afirma que el señor Bakhtcheief no es indiferente á sus encantos. Aunqueme una nueva negativa, piensa pedir su mano. Por lo demás, nosotros esperamos poder ocuparnos más especialmente del señor Bakhtcheief en una próxima novela.

Creo que he pasado revista á todos mis personajes. ¡Ah! ¡varios olvidos! Gavriilo se ha puesto muy viejo y ha olvidado completamente el francés. Falalei está hecho un cochero bastante diestro, y por lo que respecta al desgraciado de Vidopliassov, hace tiempo que está encerrado en una casa de locos, donde ha muerto, si no recuerdo mal. Uno de estos días daré una vuelta por Stepanchikovo y lo preguntaré á mi tío.

FIN DEL TOMO SEGUNDO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Año. 1925 MONTERREY, N. L.